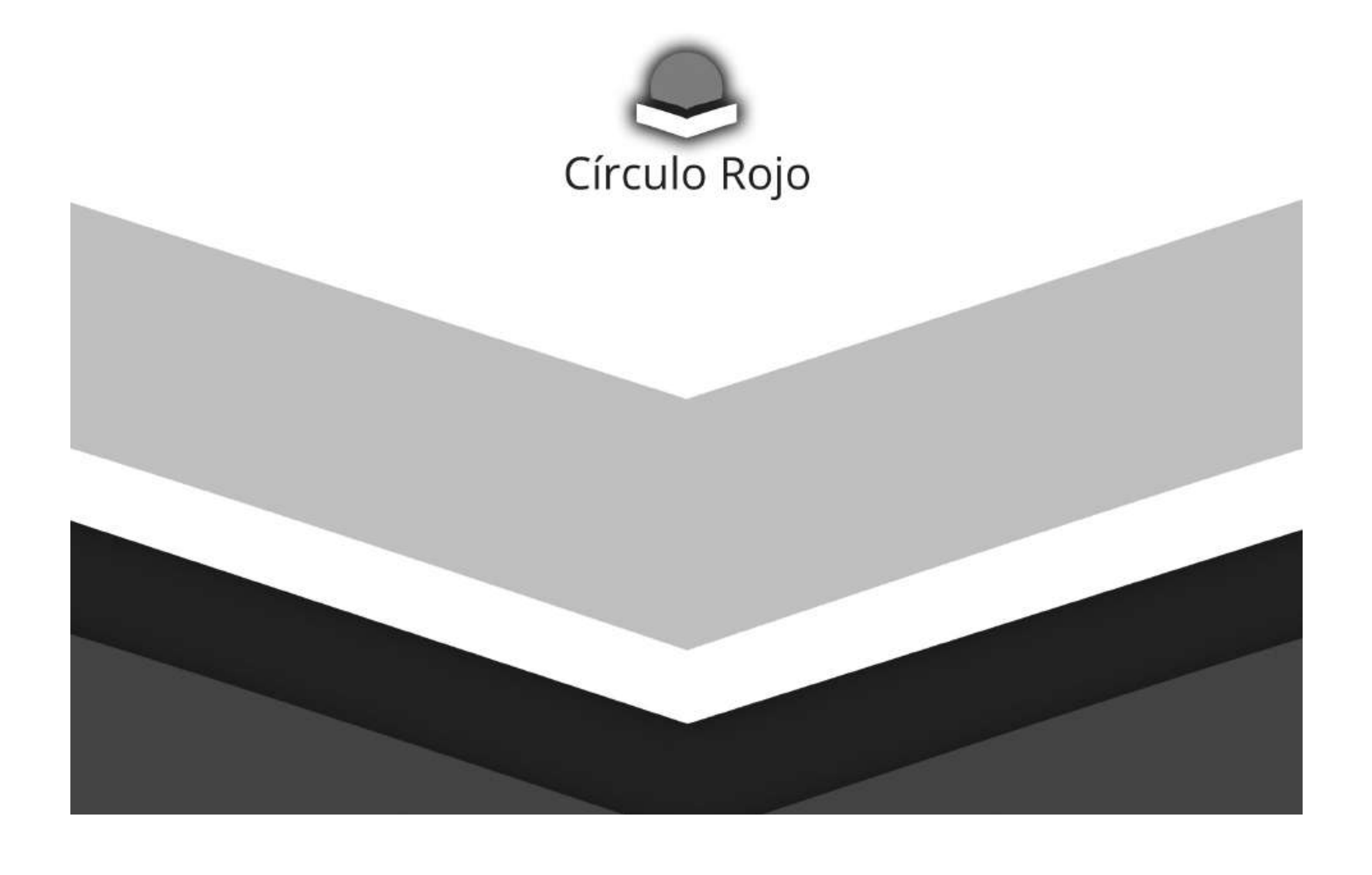
VIVIR DE MEMORIA

LAURA CLAISEN



Círculo Rojo
EDITORIAL


Círculo Rojo


Círculo Rojo

VIVIR DE MEMORIA



VIVIR DE MEMORIA

LAURA CLAISEN

Primera edición: octubre 2018

Depósito legal: AL 2308-2018

ISBN: 978-84-1304-522-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Al final solo se tiene lo que se ha dado…

Isabel Allende

Prólogo

Cuando tenía 18 años decidí estudiar la carrera que quería y recuerdo preguntarle a mi madre: ¿Podré escribir si estudio Psicología?

Mi hermana mayor guarda mi primer cuento, que escribí con 6 años, y que trataba de un campo de palmeras que hablaban entre ellas y que se entristecían porque llegaba una tormenta y lo inundaba todo. 18 años más tarde, ya con 24 años, los recuerdos inundan mi cabeza y necesito publicar mi primer libro, que está lleno de historias que hablan sobre todo de desamor, pero también de perderse en las calles de cualquier ciudad, de silencios, de ganas de vivir, de alegrías, de vida latente. Son una recopilación de varios años escribiendo, y por lo tanto pertenecen a épocas y edades muy diferentes.

Siempre he pensado que las palabras me han salvado. Espero que, ya que este libro ha llegado a tus manos, lo disfrutes y te traslade a tus momentos, a tu historia y a tu memoria, y que puedas, de alguna forma, empezar a *vivir de memoria*.

"Poder disfrutar de los recuerdos de la vida, es vivir dos veces"

-**Marco Valerio Marcial**, poeta latino-

¡Disfruta!

9

Poemas

11



She’s mad but she’s magic.

There’s no lie in her fire.

Charles Bukowski

Salón de nadie

Pero entonces encendías la luz

Y la apagabas

La encendías

Y la apagabas

Jugando a que fuera intermitente

Como tú.

Creo que siempre recordaré

Las noches de frío

En que cogías la manta aterciopelada

Y revolucionabas el salón.

Me estampabas tus ganas

En la frente

Y yo te miraba despacio

Para que no acabaras de desaparecer del todo.

12

Entonces el sofá era nuestro Nos acogía y nos daba ese temple

Que nunca tuvimos.

El aire golpeaba suave contra los cristales Y tú seguías jugando con las luces

Las de la casa, las de tu piel.

Me dormía entre todos esos ruidos

Y tú me confesabas lo inconfesable,

Mientras me hacía la dormida.

Y yo, te maldecía por querer siempre a medias Por descorchar mis miedos y ponerte a bailar Y por encender una vela que ibas a soplar.

Y entonces llegó el invierno

Tan frío y tan blanco.

Y las excusas para huir del frío,

Crecían como nuestras ganas.

13

Esas ganas de acariciar las paredes de una casa Que habíamos hecho nuestra.

Pero el invierno se marchó y todo empezó a cambiar.

Ya no nos mirábamos igual

El café sabía distinto

Y tus besos también.

Parecía que buscáramos en la piel del otro Otra piel sin saberlo

Pieles de azúcar lejanas

Que se antojaban como la miel.

Y nos fuimos distanciando

Ya no me rozabas la mano al ir a buscar sal Ni yo te esperaba en la salida del trabajo 14

Los pequeños detalles se fueron haciendo Evidentes

Gigantes

Y tristemente ciertos.

Y empezamos a recorrer otras miradas

A despertarnos en otras camas.

Y lo que empezó con planes

Y años y vidas,

Empezó a hacerse pequeño

A menguar como menguan las palabras cuando sólo buscas silencio.

Al principio nos sobraban ganas

Nos faltaba tiempo

Y ahora nos sobraba todo

Como las migas del pastel que nadie quiere.

15

Y el salón y las mantas

Y el humo saliendo de tu boca

Susurrando te quieros

Empezaron a desvanecerse.

Hasta que la casa que había sido nuestra

Y de nadie

Se cerró.

Como se cierra la puerta

De la que nunca encuentras la llave.

16



No sé cómo hacerlo,

Me da miedo desprenderme de toda esta tristeza Y no encontrarte a ti.

Elvira Sastre

Amor o revolución

Tengo miedo de escribirte

Y que ya no me reconozcas.

Tengo miedo de contar las noches

En que no estando en mi cama,

Transitabas por vidas ajenas.

Tengo miedo de decirte

Que aunque ya te piense en pasado

Te cuelas por las rendijas de mi vida

Y giras las manillas del reloj a tu antojo Haciendo que vuelva un instante

Que ya no nos pertenece.

17

Tengo miedo de mirar por el abismo de mi vida Y ver que ni de un salto ya te alcanzo.

Que ese día en el cine nos hubieran tomado por locos **Que plantaste un beso en mi boca y lo dejaste florecer** Y que rompiste todas las razones para que me quedara.

Tengo miedo de estar escribiendo

Todo aquello que temo sentir.

Que me alcance esa plaza,

Ese vino,

Esa risa contagiosa,

Y se inunden las paredes de mi cuarto.

Unas paredes que pinté de tristeza y azul De verde nostalgia

De rojo perdón.

18

Tengo miedo de constatar

Que escribir es como una patada a mi conciencia, Que bailaste en mi boca

Que no me supe detener.

Y que el puerto de noche

Sigue susurrándome que ahí estuvimos

Locos, ciegos y con el amor en la boca.

19



No cualquiera se vuelve loco, esas cosas hay que merecerlas.

Julio Cortázar

Échapper. Pourtoi

Te miro, y el descompás de tu sonrisa me tambalea.

Y mientras te ríes expectante,

Yo intento resolver todas las dudas que tus ojos van sembrando.

Cosecho palabras a mi antojo

Y tú te mueves conmigo entre la duda y el deseo, Como si esto fuera un baile donde no hemos sido invitados.

Nos hemos perdido tantas veces

Que hasta hemos dejado de oponer resistencia.

Sabemos que esto está mal,

Y nuestras miradas nos delatan

Como aquel que confiesa a gritos su pecado.

Cierro los ojos e intento no mirarte,

La culpa me golpea, pero el deseo se cuela por todas partes.

20

Me invita a caer, y una vez más aterriza en mi frente La certera convicción de que no soy feliz.

Mi vida grita resignada que la escuche

Como nunca aprendí a hacer.

Torpe, frágil, lista y peligrosa.

La gente me dice todo aquello que no quiero escuchar Acreciendo mi culpa que ya no solo golpea Sino que explota y me rompe en mil pedazos.

Juicios de moral, ¿cómo puedes estar haciendo esto?

Sus voces son como bofetadas insonoras,

Que me devuelven a una realidad que no me gusta y que, Sin embargo, no hago nada para cambiar.

Sólo querías vivir y aún estas aprendiendo, ilusa.

21

Vuelvo a la habitación y tus manos me invitan a abrir los ojos Las yemas de tus dedos se cuelan detrás de mi culpa, La hacen desaparecer por momentos.

Y entonces tu deseo se encuentra con el mío.

Juegan a que se conocen y se reconocen.

A que tienen derecho a no ser juzgados.

Tu lengua recorre mis miedos y los empaqueta uno a uno Se deshace de ellos y los cuelga en el ventanal.

Mi vida está en llamas

Y tú juegas a que tienes la respuesta

Para hacer de este incendio un huracán.

Mírame.

La tristeza y la pasión están en guerra.

Me miro y no me reconozco;

Te miro y quiero volar.

22

Tu habitación está llena de un nosotros que no existe Querer y no poder.

Y de mientras,

Desaparecer.

Dans une autre vie,

Nous étions des oiseaux.

23



Hay almas a las que uno tiene ganas de asomarse, Como a una ventana llena de sol.

F. García Lorca

Despéiname los lunes

Ojalá estuvieras aquí

Despeinándome los lunes,

Quitándole importancia a mis despistes.

Quiero que manches de lluvia el mes de julio, Que ocupes los espacios con poemas amargos.

Quiero que me regales una mirada

Que pueda recordar meses después

En sábanas seguras o en vasos de cristal.

Quiero verte en mi cabeza dentro de unos años, Como una imagen eidética,

Aquella que deja su eco como un pincel en el tapiz, Que se incruste en mi retina para evocarte cuando quiera.

24

Ojalá sonara un tango

Y no te marcharas hasta las **doce**,

Las doce canciones que caben en mi cuerpo.

Veríamos anochecer en el coche

Y el arañazo de tu piel te delataría.

Pero yo subiría el volumen de la radio

Y me taparía los oídos.

Tú tararearías mis secretos

Y el viento jugaría a hacerlos desaparecer, Igual que desaparece la arena que resbala en tu piel Tras un domingo al sol.

Ojalá arrastraras algo más que decepciones Y pudiera adornar tus ventanas

Con sucedáneos de ilusión.

25

Con las pinturas de mi paleta te escribiría Una vez más,

Que **la poesía me ha salvado**.

26

Luces de neón

En mi recuerdo siempre llevas puesta esa mirada triste, Y el pelo alborotado como un niño que ha hecho trastadas.

En él deambulas sin hacer ruido, como siempre otra vez.

En este recuerdo...

Me mirabas y yo sólo veía las cosas buenas que me dijiste, Los buenos ratos que me negaste.

Las mentiras que estallaron de tu boca

Hacia y hasta mi vientre.

Y que me dejaron sola y triste

En una habitación de dos donde sólo cabe uno.

No me preocupa recordarte,

Sé que estás más lejos que hace unos días, Y que tu recuerdo ya no mancha

Sólo pinta y colorea.

27

Y es que los recuerdos son tan pocos, Que basta con que se difuminen

Y se confundan unos con otros

Hasta desaparecer ante mi asombro.

Ayer las luces de neón me mordieron el alma.

Yo bailaba a través de ellas

Y la música se colaba en mi cabeza

Haciendo ruido para no oírte.

Te eché de menos

Pero sé que el mundo es un poco más dócil Cuando dejo de tenerte entre mis ganas

Y me miro en el espejo

Y una luz salpica mis esquinas.

No es otoño, pero el marrón de tus ojos

Ya destiñe.

La miel que le ponías al yogur

Ha dejado de ser dulce.

28

Ayer te veía entre la gente de ojos tostados De piel bruna tuya

Y vergüenza mía.

Sé que jamás te tuve

Y que jamás me retuviste.

Te recordaré con los ojos cerrados

Un martes cualquiera de aquí a muchos años.

Mientras sonará la radio,

Por la ventana veré un jilguero batiendo sus alas Buscando en el sol una razón.

Y entonces sabré que nada

Valió tanto la pena como decirte adiós.

Y las risas y las prisas

Volverán a reinar en estos ojos de neón.

29

Tu pasado

“Vives mucho el pasado”, me dijiste.

Supe entonces que el pasado

condiciona,

hiere,

traiciona,

duele,

pero sobre todo,

Te recuerda

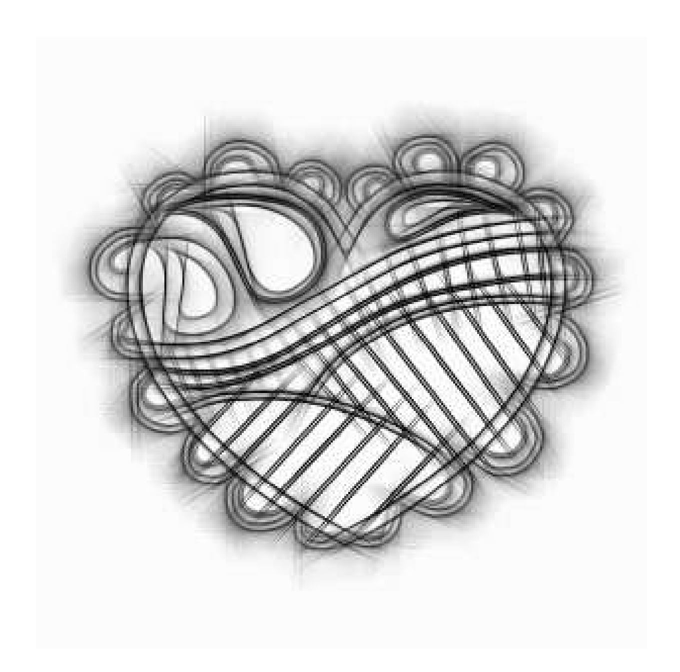
las pieles que tocaste

los cielos que volaste

cuando sólo te preocupaba vivir un presente, que ahora se antoja lejano.

“**No puedo no sentir lo que he vivido sintiendo**”, Lo siento (y esto no es una disculpa).

30



Paréntesis

La vida es un latido,

Un instante que nos empeñamos en llenar de cosas con y sin sentido De viajes sin retorno,

De drogas, desde las sintetizadas en el laboratorio hasta las que se crean en el cerebro.

De noches en que no querríamos dormirnos nunca Al lado de quien creemos que nos acompañará siempre Bajo un cielo que nunca nos ha escuchado.

Ilusos.

Como si alguien tuviera la obligación de soportarnos, Más que nosotros mismos,

Cuando estamos más perdidos que una veleta estropeada Entre cervezas frías y días lluviosos.

La vida está llena de palabras vacías,

Pero también de oportunidades

De despedidas dejando una parte de ti en cada adiós.

31

De salas de cine un domingo por la tarde, Desde donde sales con una sensación extraña Que te invade cuando vuelves a tu vida real, Tangible como la sonrisa de aquella chica.

Y entonces la historia que se ha creado en la pantalla, Aprecias desilusionado,

Se ha ido diluyendo hasta desaparecer

A medida que has ido pisando los charcos de la calle.

Nos empeñamos en hacer de la vida,

Una historia eterna,

Cuando ni siquiera sabemos si mañana

Tendremos la ilusión de hoy,

O si el chico de las 6 aparecerá por la misma esquina de siempre.

Y llega el sábado y nos devuelve recuerdos Que ya no nos pertenecen

Y que esquivamos como a bolas de fuego.

32

Acabamos queriendo marchar lejos Tenemos 20 años y queremos viajar

Conocer el mundo

Comer de aquí y de allá

Respirar aires de lugares extraños.

Impregnarnos de nuevas maneras

De entender que la realidad,

Es un espejo roto en mil trozos

Y que cada persona mira el reflejo que más le conviene.

Que hay tantas miradas como

Pasiones por descorchar,

Maneras de huir,

Pensamientos que deshilachar.

Y entonces nos vamos,

Lejos, solos o acompañados,

Y empiezan las sensaciones,

33

Los miedos, ¿qué hago aquí?

¿Por qué no encuentro mi sitio?

“Quiero volver”, pensamos.

E ignoramos que el **hogar**, con los años, **Acaba siendo uno mismo**,

Y que la vida la llevamos a cuestas.

Que el tiempo no existe,

Sólo la percepción que tenemos de él,

Que se alarga y se acorta a su antojo.

Pero, al fin y al cabo,

Lo que marca la diferencia

Entre todas estas maneras de vivir

Es la sinceridad de la sonrisa con la que disfrutas De **esa sensación que ni yo misma puedo describir**.

34



Tú eres

Tú eres una mirada cómplice entre tanto murmullo Una fuerza que crece, el cuerpo que se levanta.

Una luz intermitente, que brilla y se apaga, que brilla y se apaga.

Tú eres un árbol que crece, unas ramas buscando el sol Eres una ola que se aleja, que rompe el mar en calma, y que vuelve con elegancia.

Una llama que quema, que pinta el cielo de ceniza en quemar la vida Tú eres un reproche, un goce, un momento de desesperación.

Eres una pesadilla, un sueño al despertar, el deseo escondido Una caricia en la piel que la sepa leer.

Eres una lágrima que sana, que calma, que quema. Porque tú también eres dolor.

Eres ojos tristes, ojos alegres, ojos que viven, ojos cansados… Tú eres, **ojos que saben mirar**, y manos que temen tocar.

Tú eres lucha por la vida, un mordisco al mundo Un recuerdo permanente en algunos, y una sombra imprecisa en otros

35

Una huella inquieta en la arena Una noche desvelada, un sueño difuso.

Tú eres todo y nada.

Tú eres el tiempo que nos delata, el tiempo que te queda, el tiempo que consumes, el tiempo que vacías, el tiempo que exprimes.

Tú eres mañana para los esperanzados, ahora para los impacientes, ayer para los despistados.

Tú eres esos pies delicados que, descalzos en mi cama, me recuerdan la soledad de mañana.

Eres la soledad del espejo en ausencia de un rostro, El rostro firme salpicado por una lágrima.

Eres también la lágrima que recoge la luz, La luz que se consume como una vela, mofándose de la noche.

Tú eres, la noche más oscura del año, y el placer que se esconde tras ella.

El placer que enciende tú piel y estremece tú cuerpo El cuerpo que se llena para después deshincharse y desmoronarse de vida.

36

Eres la vida que grita dentro de ti.

Tú eres un secreto,

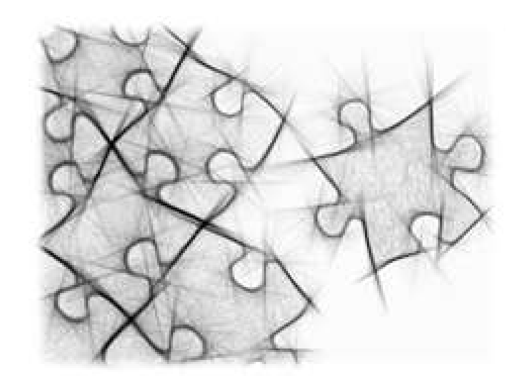
Una realidad paralela,

Una confesión a destiempo,

Un infinito que tiende a aproximarse a mí.

Eres tantas cosas, **y sin embargo nada mío**.

37



Aceptamos el amor que creemos merecer.

Stephen Chbosky

Talones

Me da rabia

Y pena

Y un poco de tristeza y rencor

Pensar que ya le he puesto al verbo echar de menos Tu nombre, tu apellido

Y un presente aplastante.

Sé que me hubiera quedado

A pesar del dolor

Las mentiras a medias

Y los te quiero cogidos con pinzas.

Sé que me hubiera quedado

Demasiado tiempo para mi gusto

Esperando lo que sabía a ciencia cierta

Que no iba llegar.

38

Pero yo seguía en mi lucha diaria Escondía las dudas bajo el felpudo

Barría los miedos a regañadientes

Y jugaba a mirar los recuerdos desde esquinas diferentes.

Aquellos recuerdos que habíamos empezado a formar Y a adornar

Y a colocar en la estantería

De nuestra nunca futura casa.

Pero ya no puedo

Ni quiero

Seguir pisoteándome

Vulnerando lo que merezco

Y lo que quiero para mí

Más allá de estos cuatro momentos buenos

Efímeros como mi risa

Y los juegos simulando que todo va bien

Estoy yo.

39

No es fácil bajar de una montaña rusa Cuando hace tiempo dejaste de aprender a vivir en otro lado De otra manera, y sin vendas en los ojos.

No es fácil, cuando hace tiempo que te chutas adrenalina Como un auténtico adicto.

Cuando toda esta mierda recorría tus venas Acallando todo tipo de tristezas.

Y es que creo que te quiero

Pero me quiero más a mi

Y me da rabia y pena y un poco de risa

Haber llegado hasta aquí

Pero me voy

Y te echaré de menos

Pero cuando llegue la paz

Le daré un beso

40

Y yo ya estaré demasiado lejos Para que vuelva a alcanzarme esta tristeza **Que me pisaba los talones**

Justo antes de que echara a correr

Para vivir(me) de nuevo.

41

Textos - Relatos

43

Nunca pierden las manos que dan, Todavía no lo has entendido.

No pierde quien se rompe los nudillos viviendo, Pierde quien tiene los huesos intactos de no dejarse tocar.

ECGXIII.

Las reglas del juego

No sé cuánto tiempo habrá pasado, mis manos son incapaces de contar los minutos que se han ido escurriendo uno a uno desde que me fui, haciendo ruido al principio y dejando un rastro in-apreciable después. Hemos hecho nuestra vida, te has inventado una manera de no buscarme, y yo he trampeado con tus peros, aquellos que me dejaron viviendo en un *quizás*.

He hecho las maletas para regresar, he contado los besos en otras bocas, buscando la tuya con el corazón a tientas, los ojos abiertos y los puños cerrados. Con la rabia del que mira alejarse lo que ha odiado y amado al mismo tiempo.

He escuchado tu risa a lo lejos mientras centraba mi cabeza loca en otras cosas, y todas y cada una de ellas me devolvían a mí misma, me encerraban en un paréntesis que llegué a amar para después soltarme en un vacío dónde seguía habitando tu eco.

Tu recuerdo dejó de hacer ruido, solo los días grises permitía que me habitara, le cedía el paso, bajaba las armas. **La guerra había acabado antes de alzar la bandera blanca**. Dejó de dolerme, y como una segunda piel se convirtió en los restos de un naufragio, dónde gritábamos más que callábamos y dónde nunca quise aprender a nadar.

44

Los días en que quedábamos para hablar -nunca había nada que hablar- se volvieron en excusas en las que follábamos sin pensar en antes ni en después, en los que por dentro deploraba mientras por fuera ardía, te deseaba siempre cerca y siempre lejos, como un péndulo que me oprime y me libera al mismo tiempo.

Nos deseábamos más que siempre y nos queríamos menos que nunca, con el placer como pretexto llegabas a mi vida para desgas-

tar mis entrañas, ardíamos en un calor que acabo por quemarnos, y yo miraba bailar las flamas al ritmo en que nuestros cuerpos desfallecían.

Te recuerdo mirándome sentada en la encimera, fumándome la vida un martes cualquiera. Te reías porque nunca me había gustado fumar, y tosía fuerte de nostalgia. Luego salíamos y la lluvia resbalaba por nuestros párpados, nos congelábamos y volvíamos a comernos sin excusa ni pretexto.

Me recuerdas desnuda en tu cama, con los ojos de café, rindiéndome a mis impulsos. Nos recuerdo de cerca, siempre de cerca, respirando las historias del otro que nunca quisimos escuchar.

Eras mi vía de escape y mi tentación sin treguas, **y yo me ahoga-ba como se ahoga una flor que no puede vivir sin tormenta**.

Como una mecha que se encendía con una mirada fija, la tuya, jugabas a cazar mis ausencias, hasta que conectábamos y volvíamos al camino sin salida. Dejamos de pensar que hacíamos el amor, para entender que follábamos, como dos cuerpos que se atraen mientras sus almas se repelen, como un juego en que conoces las jodidas reglas, pero donde no puedes aplicar ninguna.

Pero el amor y la furia suelen tener la misma fuerza cuando se les desafía. Y se terminó **como terminan las cosas que nunca suceden del todo**. Y acabamos perdidos, rotos y aun intentando entender por qué fuego y hielo están condenados a odiarse.

45

Somos tristeza.

Por eso la alegría es una hazaña.

Mario Benedetti

Noviembre

“Te acordarás más de quien te hizo daño que de quien te hizo feliz” , me dices mientras exhalas el humo del último cigarrillo.

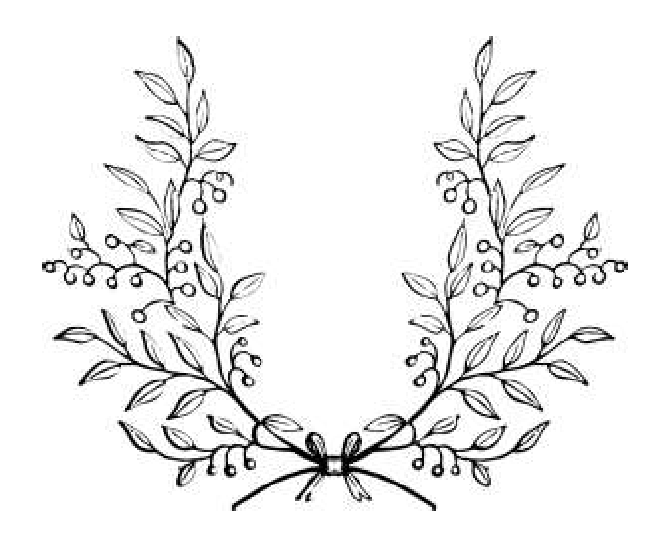
Tienes la mirada fija en las olas, que rompen feroces contra las rocas. Las gotas de agua dejan caer un aroma salino que queda atrapado a nuestros párpados. Es de noche y ya no recuerdo que hora es, ni tu tampoco. Tu frase me hace reflexionar. Hace tanto tiempo que estoy harta de tantas cosas… que ya no sé cuánto hace que aguanto. Y estoy harta de aguantar.

Cogería cualquier tren y me iría lejos, a cualquier parte **dónde los nombres de las cosas que aquí pesan no pudieran escribir-se**. Donde las paredes fuesen blancas y estuvieran aún por pintar, un salón por estrenar.

Ahí empezaría de nuevo, me cambiaría de número para que no me encontrasen, buscaría la manera de volver a conocerme.

Sería un lugar donde los fantasmas del pasado no tendrían forma de llegar. Me compraría unas botas rojas de agua, porque sería un sitio donde llovería mucho. Esos días me quedaría en casa con una manta enorme y una taza de chocolate caliente. Pondría la música a todo volumen y sólo se escucharían los pájaros de noviembre repicoteando contra la ventana.

46



Escaparía y no me encontraríais… “Yo si quieres te acompa-ño”, me dices con los ojos divertidos. Ahí seríamos tan felices que la frase que te he dicho se evaporaría entre las paredes blancas.

47

Le Standard

Entramos en el bar y el calor que albergan sus paredes nos acoge, el terciopelo de sus muebles nos acaricia la nuca y tú quieres que nos sentemos cerca, lo justo para no tocarnos, lo necesario para desearlo.

El alcohol de las primeras copas nos enmudece las penas y nos incita a hablar del goce, de la vida y de sus repentinas salidas. Me miras reír y yo me pregunto qué estamos haciendo con nosotros y con ninguno, con los otros y con los que vendrán.

La conversación nos lleva a hablar del amor, no el amor que sólo aparece en las películas y en los sueños de un adolescente, sino el amor que conocemos, el que hemos tocado y del que hemos huido alguna vez. Me dices que el amor dura lo que duran las coses terrestres, es decir, un tiempo limitado; que luego vienen otras cosas, que la fidelidad tiene fecha de caducidad. Que amor y sexo son cosas tan diferentes como tú y como yo.

Intento esquivar tus palabras, pero me golpean. Supongo que en realidad lo que me golpea es pensar en cierto modo como tú, o no saber qué es el amor en realidad, no creerme lo que nos han vendido desde niños, pero, sin embargo, no encontrar respuestas a los que me sacude por dentro mientras deshace todos los nudos de la razón. No encontrar una alternativa a la mentira que nos contaron.

Pero te escucho y dejo que tu voz choque contra mis manos y explote con rabia contra mi pecho, doy un trago, cierro los ojos, dejo que hables y ya no opongo resistencia, total, quizás es la última noche que compartimos algo más que una copa…

El dolor de mi niña interior emerge y una niña que no supo llorar en su día habla por mí, y te contesta que quizás no sé qué 48

es el amor, pero sí el respeto, el querer a una persona por encima de las demás, que qué tendrá que ver el sexo con todo esto, que qué tendrá que ver que te puedan atraer otras personas, que qué tendrá que ver… y siento en mis adentros que el que lo vea de otra forma no tiene cabida en mi universo...

Entramos en una discusión que se disuelve poco a poco con las gotas de alcohol, el sueño sobre nuestras cabezas y el ceder, el escuchar y el abrir un poco la mente. Quizás hayamos llegado a un punto en común. O no...

Salimos y la noche nos recibe con un frío húmedo que se cala en los huesos y que nos invita a acercarnos. Quiero emborracharme de ti, pero como siempre, siento que no debo hacerlo, y una mezcla de rabia y amor propio me sacude, y entre besos volvemos a casa preguntándonos por qué hace tanto frío fuera.

49

Eme de ti

Me despierto en tu cama y me convierto en invierno. El frío se instala en mí, hermético como un broche sobre un vestido de terciopelo. Ayer me acariciaste la nuca y te pisé los miedos. Yo también tengo

miedo te dije, pero intento vivir, las excusas ya no me golpean, no las quiero, de un soplido las mando lejos y te acercas, quieres que me quede esta noche pero mañana ya no sabes, y yo sí que sé, sé que esto se acaba, se acaba como las excusas que salen de tu boca y bailan con mi mirada, la que te cuenta todo esto, la que un día quisiste conocer para después rehusar.

Esto se acaba y te lo digo entre dientes, te lo digo titubeando como una marioneta al viento, pero firme como la última vela encima del pastel. Se acaba así que disfruta de este beso, de mi lengua contra el muro que has construido a tu alrededor, aquel que te aleja de mí. Ya no lucharé para derribarlo, porque mi amor, tienes que derribarlo tú. Tú decides si quieres vivir ayer o mañana.

No barajaré tus cartas, ni las jugaré por ti. No te equivoques, me voy para encontrarme conmigo, **por el camino decidiré las direcciones**. Fuiste una bonita estrofa en medio de un poema con final anunciado. Y no me despido porque no quiero que esto muera del todo, aunque sepa que irremediablemente, ya murió.

Mañana cuando abra los ojos y no vea esa ventana, la que presenció tu piel con la mía y mi risa contra tu pecho, me preguntaré si siempre, **la piel que encendemos acaba por quemarnos**, si lo nuestro fue real, si los muros se pueden escalar, si tu mirada alguna vez me miró, si las flores del jarrón siguen igual de secas.

Me preguntaré qué hacer con tanto amor y te buscaré entre mis manos, entre el olor que se quedó en mi ropa anoche, entre 50

las excusas y las preguntas sin respuesta, entre el cepillo de dientes que ya puedes tirar, y me reiré cuando me mire al espejo y entien-da que, ese amor ya tiene dueño. Y está delante de mí.

Cuídate, sé feliz, deja los miedos en la puerta y entra en la fiesta que es la vida, porque ya hace tiempo que ha empezado y yo ya estoy al otro lado...

51

M(s)ientes

Sólo quiero que arranques el coche y te deshagas de todos los trozos que no supimos juntar en el camino, de todas las grietas por donde ya no entraba más luz.

Quiero que la niebla de la noche nos congele el corazón y nos hiele las heridas, que el frío se cuele por dónde quiera, que apa-gues las luces, que te preguntes qué haces aquí conmigo un sábado de nieve, qué haces en un coche con una chica vestida de rojo.

Quiero que deshagas las horas como si fuesen un nudo que me aprieta las muñecas, y que sin darte cuenta te veas bailando en mitad de cualquier calle, en cualquier ciudad.

Quiero decirte adiós sin mirarte a los ojos.

Quiero que el miedo llame a la puerta y se rompa a pedazos antes de abrir. Quiero que el coraje me invite a bailar.

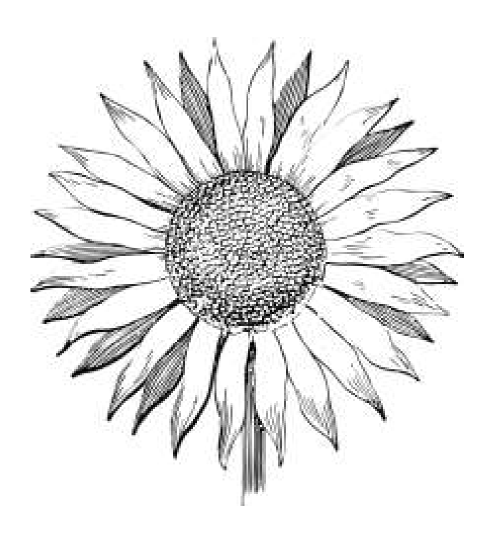
Quiero contarte, que le puse a diciembre tu nombre. Que no escuché el chasquido de tus dedos al torcerme los esquemas.

Quiero confesarte que, como Frida Kahlo, pinto flores para que así no mueran. Que eres un reloj sin pilas, un impulso sin remedio, una razón para no quedarme.

Quiero entender por qué quedarse en un lugar es marcharse de todos los demás. Quiero que reconozcas que m(s)ientes. Quiero que te preguntes a qué estás esperando para dejar de esperar.

Pero tú no esperas y me sueltas que ahora hay que vivir hasta quemarse. Y yo quiero que tenga sentido el quedarme. Y me busco y aquí no me encuentro. Y sólo quiero no arrepentirme de haberme marchado sin decirte adiós.

52



Dime de donde sale el frío

Dime de dónde sale el frío, cuánto hace que el otoño caducó para dar paso al invierno, qué sueñas, ¿por qué sueñas?

Dime qué te hace temblar, ¿qué te deja sin aliento? ¿Qué te da oxígeno? Cuéntame quién ha cambiado las calles de sitio, por qué la ciudad hoy viste de gris. Dime quién se inventaba los cuentos para que durmieras, dime por qué te enfadabas con tu orgullo. Dime qué haces un domingo, por qué te levantas los lunes, quién te llama los jueves.

Cuéntame por qué lloraste de rabia la última vez. Por qué las hojas suenan al pisarlas y romperse, por qué el otoño ha dejado tantas deudas pendientes y tantas huellas ausentes. Quién te mira cuando cierras los ojos, cuánto hace que no gritas de alegría, que no muerdes de rabia.

Dime quién te cambió los guiones, quien movió los miedos de sitio y los puso en la estantería más alta para que no los alcanzaras.

Quien traspapeló tus recuerdos. Cuándo tuviste la certeza de que todo iría bien. Dime cómo te ha cambiado el tiempo, quién ha atrapado tu risa al vuelo, cuéntame cómo descuelgas las ganas de verme. ¿Quién despeja tus entrañas? ¿Quién sacude tu inocencia?

Cuenta las almohadas en las que no has dormido, y réstale los sueños atrapados en ellas. Explícame a quién le guardas los secretos y por qué no has desvelado ninguno aún. Por qué te vistes y desvistes desganada ante un cuerpo que no deseas. Quién te roba el tiempo, 53

quién congela tus segundos, a quién escuchas cuando sólo quieres gritar. ¿Quién te besa las heridas? ¿Quién juega para dejarte perder?

Cuéntame cuánto hace que esperas que todo vuelva, sin dejar que nada llegue. Dime… en qué crees, más allá de este frío invierno.

54

Quizás el truco sea entregarse como si nunca fuera a doler.

A la vida, al amor, al sexo, a la poesía, incluso entrégate a ti mismo.

Como si fueran a prohibirlo todo mañana.

Carlos Miguel Cortés

Trisquel

Me reclino en la parte trasera de la moto, noto mi pelo deslizándose libre hacia abajo y haciéndole cosquillas a la espalda medio desnuda. Con una sensación extraña me remuevo en el asiento; al principio, cuando todo esto empezó, sólo llegaba a los hombros.

Me doy cuenta así del tiempo que hace que…

Arrancas y la moto sale disparada con una aceleración. Cierro los ojos y el aire de Barcelona me refresca la cara, congelándome las mejillas. Recorremos el puerto, que nos cuenta historias de tu-ristas y barceloneses que se acaban de conocer. Amores perdidos y gente rota. Una ciudad que brilla.

Nunca he sido mucho de agarrarme a ti mientras conduces, la verdad. Te detienes en el semáforo y acerco mis manos a tu cuello, se deslizan por la espalda casi hasta la cintura. Me tocas las pier-nas con un gesto seco y noto una caricia fugaz que se acaba antes de empezar. El semáforo se tiñe de verde.

La noche nos despierta, me acerca a ti, y yo, emperrada como siempre en no ceder del todo, en contar los milímetros y mante-ner las formas, en no dejarme llevar al sitio donde no sé si quiero llegar. Me resisto, pero las ganas me empujan y el deseo me tienta, tantea su terreno. El terreno que le escondo recelosa. Cada vez cuesta más adiestrar al sentido común y dotarlo de poder.

¿Qué parte de ti gana? La que más alimentes…

55

El problema es que no sé cuál quiero que gane. Siempre buscando el equilibrio te acabas perdiendo… No puedes pretender encontrarlo agarrándote a los extremos, dándolo todo o nada, aceptándolo todo o nada. Joder. Puede que por eso me haya ta-tuado un *trisquel*.

Como si la tinta bajo la piel te condujera al lugar donde siempre habías querido llegar. Ilusa.

Puede ser que la vida sea un juego apto solo para los que saben jugar con contrastes, para quien pinta con ellos una historia que valga la pena leer.

El motor y la aceleración rompen mis pensamientos y vuelvo a cerrar los ojos, me adentro en una noche desconocida que me devuelve a ti, al juego que aún no he aprendido a jugar. Donde el punto medio me inquieta mientras los extremos queman a banda y banda y me invitan a caer… Otra vez.

56

No sé qué es peor, besar con la boca llena de mentiras O acariciar con las manos vacías de amor.

Danns Vega

Aquel chico que [no] conocí

Lo había encontrarlo, casi sin buscarlo, pero ahí estaba él, compartiendo alguna que otra noche, en camas desprovistas de prejuicios, en salidas por Valencia a cualquier hora y lugar, en cielos llenos de estrellas que no saben ya hacia dónde mirar, entre cenas de improvisto, entre perfumes ya conocidos.

Y ahí estaba, un tipo completamente loco, loco por vivir y por olvidarse las cosas sin importancia colgadas en algún colgador del hall, con su morro y su carisma envuelto en ese humor irónico suyo que, al fin y al cabo, le hacía reír.

Sabía que en su vocabulario sentimental hacía tiempo que se habían extinguido las palabras, que alguien las había robado muchos años atrás para dejarlas en los ecos de algún amor pasado, y sabía que en aquel vocabulario no existía una chica especial.

Porque él era frío en la calle pero tierno en la cama, y se había olvidado también los modales en algún vagón de tren, aquellos trenes que le habían enseñado tanto mundo.

Y tenía la cara más dura que el cemento, era un loco, de esos que siempre van tres pasos adelante, que se ríe de la vida, que no piensa o eso quiere mostrar. De esos que nunca sabes lo que realmente es, ni si lo que muestra es real o es un caparazón, una capa gruesa y firme que impide que nadie llegue a él de verdad.

Pero te das la vuelta y ahí está, endulzándote con la mirada, jugando a jugar, sin preconcebir la palabra perder. Siempre en 57



guardia, siempre a punto de sacarte de quicio, de provocarte, de hacer que te vuelvas loca por él. Y sonríes traviesa pensando que no lo consiguió, que supiste detenerte a tiempo, justo antes de llegar al precipicio.

Pocos podían acceder a su mundo, por no decir nadie; a veces sus cimientos se tambaleaban unas décimas de segundo, el tiempo suficiente para entrever algo de ese mundo impenetrable, y para tocarlo con los dedos un instante fugaz. Y entonces parecía como si, por qué no, pudiera tener algo para ti, un trozo de su historia, un trozo de su tiempo, un trozo de.

Pero el chico despreocupado y *pasota* volvía y se comía todos esos atisbos de nada, y regresaba la certeza de que nunca podría ser lo que alguna vez imaginaste entre aquellos besos y caricias bien dados, entre esa sonrisa pícara, entre esa pasión que habíais llegado a tocar sin mirar, cuando los cuerpos son más vulnerables.

Y entonces decides alejarte… no quieres seguir con la función, y ni siquiera duele, porque la ilusión ni si quiera te ha alcanzado, por primera vez en mucho tiempo has sido más rápida que ella.

Y te alejas de él porque sabes que su vocabulario seguirá intacto, y tú no quieres más cosas sin sentido en este mundo de locos…

58

Aquí y ahora

“**Todo pasa por algo**”, me dice absorto, justo después de dejar atrás la pareja. Un torrente de sensaciones contradictorias invade mi cuerpo, una risa histérica se aloja en mi mandíbula y explota rompiendo en mitad de la noche, disipando el ruido vacilante de los coches en plena *Vía Laietana*. No sé si quiero reírme de la vida y sus antojos, si llorar, gritar, emborracharme o desaparecer, quizás reír de rabia, cerrar los ojos, darle un beso, irme lejos, to-carle cerca.

El puerto nos recibe con esa calma y olor característico a sal marina. La brisa me arrebata el sueño que minutos antes se había alojado en mis pestañas.

Te juro que no sé cómo sentirme, sólo quiero entender lo in-comprensible, lo que acababa de pasar, tú con ella, yo con él, y al cruzarme contigo la imagen de nosotros justo la noche anterior, ese beso explotando en nuestras bocas e hiriéndome el alma, el que me acerca al lugar del que siempre he querido huir, tus manos, el tacto, tu roce. Mis miradas esquivas que no dejaban de buscarte, las contradicciones, los recuerdos haciendo ruido, la pena resiguiendo mis ojos, tú queriéndome tuya por una noche.

Y me pregunto qué haces de la mano de alguien a quién no amas. Qué haces entregando tu última noche en la ciudad a un corazón que te quiere pero que jamás te tendrá. Qué haces mirándome desde el otro lado, queriendo cruzar las sábanas de mi cama. Queriendo besar mis noches. No me creo que quieras estar al otro lado. “¿Por qué me miras así? Sabes que este era el trato”.

Y entonces me alegro de no haber dormido contigo la noche anterior; y una sonrisa a medio gas se ilumina en mi rostro.

59

Todo esto se cruza en mi mente en el preciso instante en que nos cruzamos, y me veo reflejada en nuestras miradas de sorpre-sa, de “no puede ser”, tu mirándolo a él, yo mirándola a ella, un abismo

entre nosotros, el recuerdo de la noche anterior que aún quema, un atisbo de nervios salpicando tu sonrisa.

Tu indiferencia, minuciosamente calculada, intenta golpear-me, pero yo la esquivo, “Ya hablaremos”, susurras entre dientes con deliberada naturalidad y el panorama escrito en los ojos, “Sí”, te contesto, nos largamos y el mundo se hace un poco más raro, la ciudad que siento tan mía deja de acogerme.

Llegamos a casa y él me pregunta qué pasa, por qué me ha cambiado el mirar, dónde estoy, tan lejos de aquella habitación con suelo a rallas, y me invento que el día se me ha hecho largo, que tengo que lavar mil platos, que se me ha quemado la casa, qué se yo. Me mira… me mira y me hace callar sin hablar. Pregunto en voz alta qué coño tengo que hacer, y me responde que nada… que tengo que vivir… que esa es la respuesta.

Se acerca y nos desvestimos, la ropa cae y arrastra consigo una tonelada de tristeza, te beso con rabia, te follo con rabia, quiero llorar y gritar, pero no lo hago, me trago las lágrimas y escupo la rabia con los ojos, aprietas tu cuerpo contra el mío y nos dormi-mos, a 10km el uno del otro. Y me rompo de veras.

60

Marsella

Me remuevo inquieta en el sofá cuando el olor a jabón de tu jersey de lana me alcanza. Y ese aroma me traslada a los calurosos días de verano en el pueblo, cuando ayudaba a mi abuela a lavar las prendas con aquel jabón de Marsella que hacía ella misma a mano; recuerdo sumergir las piezas de tela en el agua espumosa y ese aroma desprendiéndose del algodón, dejándome las manos limpias y frescas como agua de rocío.

Estaba sumergida en estos pensamientos, cuando de pronto noto tu mano acariciándome la nuca, y tu cuerpo respirando a tocar del mío. Intento inspirar ese aroma de recuerdo que tan poco tiene que ver

con la situación en la que me encuentro ahora, que me transporta unos instantes en aquellos días interminables en bicicleta, cuando ex-plorábamos lo que otros chavales habían explorado años atrás, creyén-donos que el mundo nos pertenecía solo por haber aterrizado en él.

Recuerdo a nuestra abuela, esperándonos para comer, y después adelantar el reloj para ir antes a la piscina sin que ella se diera cuenta. Teníamos 10 años. Más tarde, con 13 y la cabeza llena de pájaros revoloteando, perdidos pero felices en nuestra inocencia, descubrimos el amor y las primeras angustias, el primer dolor y las primeras preguntas sin respuesta.

Nos zambullíamos en las aguas de la incertidumbre buscando aventuras en los portales, en las noches calurosas y en las charlas hasta altas horas de la madrugada con los chicos y chicas del pueblo.

Aterrizo de nuevo y te veo, te cazo mirándome, con los ojos entreabiertos acercándote a mi boca. Vuelvo a sentir ese olor a jabón y tu piel suave se deja deslizar entre mis dedos, que juegan a conocerte como si aún tuviéramos 13 años.

61

Distancias

Tú no sabes cuánto duele la distancia, porque tú nunca has estado sin ti. Quizás, te han dolido otras distancias.

Te habrá dolido la distancia entre tú y esa maldita décima que te impidió estudiar lo que querías, y que te obligó a cambiar de camino. O la distancia entre tú y el orgullo de aquel día, aquel que se quedó travesado entre tu cuello y tu garganta, entre la humildad y la cabezonería. Ese que se olvidó una lágrima en tu pupila.

Hablo de la distancia entre tú y tu “tú ideal”, tus intentos por cambiarte, tus frustraciones. Hablo de la distancia entre tus manos y

las mías. Entre ese recorrido que nunca me atreví a hacer, quizás había algo por descubrir. O quizás algo por construir.

Como en aquellos sobres de las cartas que jamás nos enviamos, dónde cada noche me detengo a comprobar si, el amor que contenían quedó atrapado en alguno de ellos.

Hablo de la distancia entre dos cuerpos que se anhelan y se repelen, que se encuentran pero que chocan, que se esquivan, se buscan, se tientan, pero acaban lejos, creyendo que ya hace tiempo que han dejado de creer, en eso con los que algunos aún fantasean conocer.

Hablo de la distancia entre nuestras sombras. De nuestras miradas que se esquivan mientras nuestras sombras se miran. Hablo de la distancia física, kilómetro a kilómetro, de carretera, de camino, de asfalto, de aire. De aquellos que no pude engullir, ni tocar, ni arrasar. O del valor que me mancó para hacerlo. De la distancia que quiso jugarte su juego.

De aquella distancia a la que escupí tantas veces y que odiaré eternamente. También de la distancia entre tu boca y la mía que 62

tiene prisa, prisa por desaparecer, y de aquella que permitió que tus heridas sanasen, que tus recuerdos encontraran su sitio en ti.

De aquella que se unió al tiempo para contarle que es él mismo, el tiempo, la distancia más larga entre dos lugares. ¿Y aquel salto de niño a adulto, cuando todas las distancias quedan atrás?

Pero, sobre todo, hablo de aquella distancia, la que se te hizo tan larga, la que jamás fuiste capaz de recorrer.

Sólo tú, has sido la persona adecuada en la distancia equivocada.

Así que no me hables de distancias. Porque sí, puede que sepas cuánto duelen todas esas. Pero la tuya propia no te ha dolido, porque sólo yo te he encontrado para después perderte en alguna distancia. O en otras.

Sólo yo, no tú, he estado sin ti.

63

Ojalá

Recuerdo aquella vez que me cantaste frente a aquella noria de metal roto, aquella que parecía que iba a caer y arrasar con todo en cualquier momento, mientras volabas a través de las notas, buscando algún lugar seguro que siempre acababa des-vaneciendo.

Sé que, si un día regresas, quizás será porque te dejaste algo en aquella estantería que nunca quisiste decorar. O en aquella pared que nunca quisiste pintar. Quizás te dejaste una palabra, una huella en miel piel, un sueño atrapado en las entrañas. O quizás me dejaste a mí y querrás comprobar si sigo ahí.

Recuerdo aquel día en que desapareciste sin pedir permiso, sólo pidiendo comprensión. O compasión.

Nos pasamos la vida pidiendo permiso, permiso para entrar, permiso para salir, permiso para volver, pero pocas veces permiso para irnos. Nadie pide permiso para abandonar un corazón. Ni permiso para dejar de amar. Pedimos permiso para hablar, para empezar, para jugar, para bailar. Y no pedimos permiso para sentir, ni para dejar de sentir.

Ojalá algún día te pidan permiso para bailar más allá de este baile que pronto acabará, cuando los músicos decidan marcharse. Y tu quedarte. Esperando a que pase algo que cambie aquello que tú fuiste incapaz de cambiar. Y ojalá te pidan permiso para bailar toda la vida, una vida que se consume como las agujas de ese reloj lleno de polvo, colgado en esa habitación extraña que un día dejó de ser extraña para volverse nostálgicamente conocida. Esa habitación que te invitó a mirar el techo y cerrar los ojos.

64

Ojalá te hagan olvidar los permisos y se limiten a arriesgar contigo, a arriesgar sin ti. Ojalá te expliquen un cuento que exista más allá del cuaderno que encontraste en aquella buhardilla, y que sus palabras cobren vida desempolvando su contenido.

Ojalá te rompan y te recompongas con piezas nuevas que alguien tiró en alguna papelera pensando que no servían para nada. Ojalá te hagan vibrar y se lleven contigo tus dudas, tus males y los billetes de vuelta que no compraste. Ojalá te vengan a buscar al aeropuerto sin carteles, sin flores, sin preguntas, sin lágrimas.

Ojalá vengan sin esperar nada, sin esperar respuestas de por qué decidiste marcharte aquel domingo gris, y vengan sólo para llevarte a ti y a tus maletas llenas de ti. Ojalá no pregunten más lo que nunca supiste responder.

Ojalá se inventen un poema con tu cuerpo y lo recompongan para descomponer las almas que lo lean. Ojalá tu cuerpo se trans-forme en fuego en las manos indicadas. Y tus manos toquen el alma correcta. Porque una vez nos contaron que tener sexo es va-ciar el cuerpo, mientras que hacer el amor es llenar el alma. Y nos lo creímos y nos perdimos buscándolo. Nos buscaron perdidos y se perdieron encontrándonos.

Ojalá el perdón que no diste no se pudra en tu interior, y grites lo que no supiste gritar. Y perdones. Y te sientas en paz. Ojalá tus manos tengan memoria y esa piel ya no resulte jamás desconocida en tu tacto. Ojalá reconozcas cada poro, cada forma, cada perfec-ta imperfección.

Ojalá los suspiros contengan todo menos palabras, contengan emoción en llamas, pasión que desborda, dolor que rompe. Ojalá las noches en vela se vuelvan velas de noche, que llenen esa habi-65



tación oscura con su aroma de sueño y nostalgia, y su olor pueda llevarte a ninguna parte en esa misma parte.

Ojalá te reinventes con lo que eres, con lo que te han hecho y con lo que jamás volverá en ti. Así, sin pedir permiso, con todo el morro de la vida.

Ojalá dejes que el amor te dé de ostias. Ojalá permitas que estos “ojalá” bailen en las burbujas de tu copa en nochebuena, o en una noche buena. Ojalá te hagan perder la cabeza y el corazón y los modales, y ojalá no recuperes nada que un día quisiste perder.

Ojalá mires arriba, y en volver la vista hacia abajo te des cuenta de que lo que quieres no está allá arriba, sino a tu lado.

Y si algún día te mienten, grítales que tú también pudiste mentir y que, en cambio, no lo hiciste. Pero que lo harás. Que odiarás también. Y que no te sentirás mal. Que tus sentimientos se han formado de matices y de polos opuestos, de mezclas de aquí y de allá.

Nos contaron tantas cosas, que a veces se olvidaron de con-tarnos que no queremos que nos cuenten la vida, que queremos quemarnos por ella, desearla a ella y empaparnos de ella sin que nos cuenten palabrería.

66

Personas

Me gustan las personas que hablan de todo y de nada a la vez, que apuestan sin ases en la manga, que saben que **lo bueno, hay que ir a buscarlo**, que se equivocan, que no dejan de pelear, que también se rompen a pedazos.

Que te descubren la ciudad un noviembre gris, con encanto incluido, que te seducen con un gesto espontáneo, con una sonrisa pícara que pica, que pisan la lluvia, que pisan los bares, **que pisan fuerte y caen con ruido**.

Que albergan una pasión en los ojos, que la viven con el cuerpo, que te sacuden el alma un viernes por la noche, que te sacuden los miedos y te rompen los esquemas establecidos, que aprenden de los niños y de los viejos, **que saben que no saben nada todavía**. Sí, esas que tienen la ilusión de un niño y la valen-tía del que sabe que si no haces nada, ya has perdido.

Que se toman el café a sorbos y no se pierden nada, que no tienen tiempo para las prisas, que perdieron mil batallas y aún siguen batallando, que fuman en terrazas ajenas, que deshojan margaritas sin buscar te quieros, **que no mendigan amor**.

Que hacen magia con la mirada, que lloran cuando duele, la gente que está loca de atar, pero que esconden una locura dulce, **la gente que no pide disculpas pero que siente mucho**, las 67

personas que juegan, que bailan, que gritan, que no miran desde el otro lado, que son protagonistas de su propia película… esa es **la gente que vale la pena vivir**…

68

Tú y yo teneos un amor pendiente Pero vamos a llamarlo café, que da menos miedo **SelamWearing**

Café desvelado

¡Tengo tantas cosas que contarte!

¿Un café? Sé que tú también has cambiado. Y que sigues peleando.

Sabes, decidí luchar por lo que quería, me enterré bajo libros y manuales que, de tanto intentar memorizar, acabé olvidando, me metí de pleno en una montaña rusa que también me ha hecho perder el norte. Aunque, ¿sabes también?, intento salir airosa, sé que vale la pena intentarlo, aunque a veces me sienta un poco sola.

¿Nunca has tenido la sensación de estarlo? Ya sabes, como cuando te falta el aire y necesitas a alguien que te reconforte, que te compre una bolsa gigante de chucherías o te lleve a tomar copas hasta el amanecer. O como cuando te pierdes en bares sólo por no volver a casa. O como cuando tu mejor amigo te dice que te dejes de tonterías, porque en el fondo ***tout va bien*** y lo sabes.

Sí, claro, hay días en los que no quieres salir de la cama, días en los que el frío te congela hasta los párpados. Hay días en que te invade el miedo, y otros en que sólo quieres dar un portazo y desaparecer unas cuantas docenas de horas. Que nadie pregunte por ti. No estoy. Sólo quiero dedicarme el tiempo que invertí en chorradas, el tiempo que hace tiempo me merezco.

Pero también sabes que, si te vas a dormir, aunque tengas los ojos abrumados y el dolor atravesándote los huesos, haciéndote flaquear, puede que te despiertes en otro día, y las cosas parezcan más 69

fáciles, incluso más bonitas. ¡Aprovecha entonces! ¡Léete todos los libros del mundo! ¡Llama a esa persona! Súbete a la vida, no me jodas, todos tenemos problemas, me dirías con una sonrisa.

Sí, sé que han pasado muchas cosas desde que nos vimos, por tu vida también. Sé que hay personas que se han ido sin dejar rastro.

Pero también sé que no las necesitarás. Sé que has ido dando tumbos por vidas ajenas, buscando no sabes aún muy bien qué, como yo. Sé que has vuelto diferente de ellas. Sé que siempre has aprendido.

Sé que antes te tirabas a la piscina sin comprobar si había agua, y que ahora lo seguirías haciendo. Aunque con un flotador por si acaso. Sé que no quiero que pierdas tu esencia. Sé que no estamos de paso por la vida.

Y sí, le echo de menos. Le echo de menos, sabes… **¿cómo se echan de menos las cosas que nunca han sucedido del todo?** , las cosas a medias, el pastel de manzana que nunca llegas a probar, las horas que no dedicaste a esas personas que ya no están, como esos días agridulces que miras ahora con nostalgia, como desean-do que vuelvan sin saber si lo que tienes es miedo o amor.

Pero yo dejo que esto que siento en mi pecho pelear por salir, venga y se marche… lo dejo pasar, como pasa todo en la vida, al fin y al cabo, ni me recreo en ello ni dejo que me despeine los lunes. Simplemente lo dejo campar a sus anchas, y sigo mirando hacia lo bueno que aún tiene que suceder. Y se va. Siempre suele marcharse antes de que me pesen demasiado las pestañas.

Eres un cabezón como yo, pero te quiero y quiero que seas feliz más allá de la gente y de las dudas y de las noches. Las mágicas y las terribles. Porque todo forma parte del *pack* y todo vale la pena vivirlo, ya sabes, para después contármelo en un café que me des-vele tu secreto; y es que, a pesar de todo, siempre sigues peleando.

I'll miss you again, darling.

70

Amores y hoteles de carretera

Hacía tiempo que había cambiado sus planes y, carretera y manta, recorría los hostales de ciudades y pueblos, hoteles de carretera donde no cultivar recuerdos y enfriar aquello que llevaba a cuestas y que ya no dolía, pero pesaba.

Escribía en el suelo, soñaba despierto, se conformaba con dejar pasar los días. Amores de una noche, cuerpos desnudos de pasados, *whiskys* de mala muerte, camas desiertas al amanecer. En las noches en vela le consumía la soledad. Distancia de por medio por miedo.

Guitarra en mano, regalaba sus canciones a quien quisiera es-cucharlas. No le iba mal pues, podía ir viviendo con ello, sin caprichos, sólo para tener un techo en aquellos hoteles pasajeros cómo sus amantes y un plato caliente de comida. Algún que otro paquete de cigarrillos para matar las noches en velas apoyado en alguna ventana que lo acogiera, con eso bastaba.

En todas sus canciones había algo de ella. Acordes, como ella, acorde con todo al principio. Silencios, como el que ella le dejó, lleno de unos interrogantes que ya nadie podía llenar. Melodías, como la que sonó tras su marcha, triste como su paso, fría como su mirada.

Nunca quiso sustituirla, no estaba en sus planes. Sólo quería no pensar. Respirar, seguir en pie en un mundo lleno de bofetadas sin anestesia, de grietas después de la tormenta que lo sa-cudió. Sabía que él también estaba roto, y tampoco quería que nadie lo recompusiera. Sólo dejó pasar el tiempo, que sin darse cuenta le acarició el alma, y las grietas, y los golpes, y las noches.

Dejó que todas aquellas mujeres, amantes de pocas noches, le ablandaran la coraza, y el corazón se destensó, duro como se 71

había vuelto. Dejó que el humo de esos cigarrillos, a veces com-partidos, le nublara la vista y se llevara ese amor en alguna parte desconocida, dónde ya no tendría ganas de volver a buscar lo que algún día perdió.

Y así fue, pasaron los meses, y aquel chico de guitarra en mano, botas y camisas a cuadros, consiguió escribir su historia con la música, sin darse cuenta de que esa historia, la formaban también esas noches en vela, cigarrillos en la ventana y besos con sabor a whisky.

Su historia eran él y sus golpes, sus recuerdos, sus salidas. Nunca había dejado de escribirla, pero ahora al menos ya no huía, sonreía y sus pies lo llevaban hacia adelante. Espantó la soledad.

Jamás volvió a mirar atrás, solamente para inspirarse con su música y coger fuerzas para seguir andando…

72

¿Quién te diría, Abel?

¿Quién te diría, Abel? Que esta chica de ojos castaños y un poco de sueño en las pestañas, estaría tecleando tu historia, esta chica que siempre había deseado publicar un libro. Esta chica a la que le contaste tu historia, durante un trayecto en coche, en una carretera bastante solitaria y dormida como yo.

Recuerdo esa tarde porque oscureció pronto. Y quién te diría Abel. Que tu historia estaría en boca de nadie. En papel de nadie. Por un dichoso *blablacar*. En algún libro que alguien se dejaría olvidado en cualquier estación. Soy tu desconocida. Pero, ¿quién eres, Abel?

Abel me recoge en la gasolinera más cercana a mi pueblo. Allí me despido de mi hermana, que es más mayor y que, estoy segura ojea la matrícula. Hermanas.

Abel es un chico que nació en Sudamérica hace 27 años. Lleva desde los 7 años en Barcelona. Por su cuerpo observo algunos tatuajes que se asoman, tinta de colores derramada y penetrada sobre una piel que aún es muy joven. Puntito a puntito, se hizo color, se hizo forma, se hizo historia.

Abel trabaja de noches. Es auxiliar de enfermería en una clínica donde los pacientes son, sobretodo, personas mayores. Me explica el caso de ancianas que le han ofrecido dinero, regalos,

¡hasta herencias! Pero me asegura nunca haber aceptado nada. ¡Es mi trabajo! Afirma con una sonrisa relajada.

Me cuenta historias de gente que está sola, personas que sufren, ancianas que te explican ciento y una vidas, rostros moribundos, caras tristes, y alguna cara feliz. Gente despidiéndose. Me cuenta que ama su trabajo. Que hace 7 años que se dedica a esto. “Los aseo, les traigo la medicación, les cambio el pañal, les doy de comer”.

73

En el trayecto hacia Barcelona, que dura no mucho más que una hora, Abel me transmite muchas cosas. Me parece una persona honesta. Me parece un chico trabajador. Un joven que también se ha enamorado. Un niño que también ha sido niño. Una persona que no ha tenido una vida fácil. Que ama a su familia, que cuida a su hermano y le hace de padre. Pero no me despierta compasión, porque no la refleja, ni la necesita. Es una persona que se ha buscado la vida, que se fue a Londres a trabajar, a aprender inglés, que ha viajado, como muchos otros. Pero es su historia y sólo suya. Y me confiesa que espera a alguien de Santander.

Pero, ¿quién te diría, Abel? Que después de 133 kilómetros te escucho hablar y me acuerdo de mis abuelos. Me acuerdo de mi padre. Me acuerdo de lo que es sufrir por alguien, de lo que es amar una profesión, de lo que es tener miedo. Y me veo reflejada en tu discurso.

Y te cuento que yo quiero ser psicóloga. Que trabajo en recursos humanos pero que a mí lo que me gusta es la clínica... Que quiero poder hablar con las personas desde otra parte, entenderlas, mirarlas desde dentro, acercarme. Y es que no es fácil encontrar el trabajo por el que te levantarías a tientas. Que hay pocas

oportunidades, que la pelea es constante, que vamos haciendo camino. Que has perdido mil batallas pero no la guerra. Y, sobre todo, que de todo se aprende.

Hasta de los sueños que parecen romperse, esos que nunca lo hacen del todo, y que dejan una grieta por la que asomarse. Por la que acer-carse cuando la realidad escuece, pica, molesta. Y, como diría García Lorca, "***Asomarse como a una ventana llena de sol***".

Y es que, ¿quién te diría, Abel? Que en una hora y media puedes hablar de todo con un desconocido, y que te da igual. Y

se produce como un alivio, como una nostalgia que silencia la rutina un instante. Y entonces llegas a casa, cierras la puerta y el domingo se ha hecho un poco menos domingo.

74

La chica del bar (I)

Cuando entró en el bar, yo estaba tanteando la puerta, y pude ob-servar como bajaba las escaleras, con ese aire desenfadado que aún podía recordar de ella, y más que bajar parecía deslizarse a través de los peldaños, con la mirada brillante y la sonrisa desentendida.

Vestía sencilla pero elegante, con una camisa de seda negra que le cubría el pecho justo para dejar volar la imaginación sin perderse en el camino, y unos vaqueros apretados que evidenciaban que su cuerpo seguía intacto: estilizado, firme, suyo.

Su media melena se desplegaba sobre la seda, morena, suave, sin artificios que disturbaran esa naturalidad, parecía que iba acorde con todos sus gestos, y su mano, la que no sostenía la chaqueta, tocaba esa cabellera suya, enredándose y desenredán-dose en ella con rapidez, permitiéndome entrever un atisbo de nerviosismo en aquella cara joven. Sus pómulos rosados desperta-ban ternura, y su mirada intensa, aquel misterio por resolver que jamás me atreví a desentrañar, por temor a descubrir algo que me hiciera sentir de nuevo. No querría decir que estaba preciosa, por miedo a que esta

frase restara valor a la realidad, por ser tan típica y escuchada, pero es que realmente lo estaba.

Justo en el último escalón que hacía esquina con la barra dónde yo permanecía, me vio. No fue sino entonces que un puño de sensaciones se fue desatando lenta pero intensamente en mi estómago, y en ese momento maldije que mis ojos jamás hubieran sabido mentir. Risueña, me guiñó el ojo al verme, y se acercó a darme un par de besos.

Su perfume me llegó a través de ese aire que nos separaba y que contenía todas esas cosas que tanto tiempo habíamos callado, esas cosas que no se dicen por miedo a perder, por miedo a ganar, 75

ya sabéis. Un aire lleno de todo, entre ella y yo, de silencios ensordecedores y de palabras mudas, de tiempos pasados y de presente descubriéndose entre dos conocidos que se han amado para ser hoy, prácticamente desconocidos.

Por suerte el alcohol de la primera copa ya había hecho algo de efecto y yo me notaba más desinhibido que de costumbre, así que pude soltar un “¡veo que Londres te ha sentado bien!”, con aparente y totalmente deseada naturalidad. Juro que ella no había cambiado. Pero que había cambiado tanto… Mis pensamientos se contradecían, y entonces me di cuenta de que el que no había cambiado era yo.

No había cambiado la manera en que yo veía el mundo a través de ella, cómo y de qué forma podía sentirla, igual que años atrás, igual que siempre. Sentía exactamente lo mismo, aunque ahora aquel sentimiento estaba bañado de nostalgia y recuerdos, de tiempo y de dolor. Pero, en efecto, ella sí lo había hecho: ella había cambiado, y no sólo de mundo. […]

76

La chica del bar (II)

Cuando llegué un escalofrío recorrió mi espalda, e incapaz de distinguir a primeras si era por frío, me di cuenta al instante que no, que el motivo estaba en aquel bar. Entonces intuí que ya habías llegado, y sabía que te encontraría una vez travesara la puerta.

Te imaginé con una copa entre los dedos delatando esa impaciencia tuya. Pero esta vez quizá no sólo era impaciencia. Esta vez mi impuntualidad de siempre se sumaba a ese año de ausencia que había trascurrido entre nosotros.

Sabía que la vida había seguido su curso, marcada por este tiempo improrrogable e imparable. Habían sido doce meses, llenos de cosas que han pasado entremezcladas con cosas pasadas, asuntos pendientes, asuntos cerrados, frío en Londres, días grises, espera, frustración, rabia, alguna lágrima y finalmente aceptación o adaptación, -aún busco la diferencia- y pequeños intentos de felicidad. Doce meses de no llamadas, de vida nueva, gente nueva, caras nuevas, cada persona una nueva perspectiva, algo nuevo que aprender, o que no desear, historias, vida, amores nuevos.

Y justo me viene a la mente. El hecho que, por alguna extraña razón, siempre había algo diferente en ellos. En aquellos amores que pasaron igual que llegaron, como los trenes que se alejan, aquellos que quieres dejar escapar, pero que sin saber por qué, corres para coger, con un alivio al llegar y darte cuenta de que ya es tarde; en ellos, siempre había algo de ti. Un detalle, un gesto, una décima de segundo que me hacía viajar y recordar para volverme a alejar de nuevo.

Pero había llegado el momento. El momento de encontrarme con el pasado en un presente extraño, y de aceptar que todo 77

aquello que dejé en Barcelona ya formaba parte de un capítulo cerrado. Y en todo aquello que dejé estabas tú.

Sin darme cuenta había estado absorta frente a la puerta como un gato que se resiste a colarse en un patio desconocido. Y me decidí a entrar.

El sitio era acogedor, diferente, con lámparas antiguas ofrecien-do un poco de luz en aquella atmósfera un tanto oscura. Jazz. Detalles. Algunas mesitas y sofás de diferentes tamaños y formas se distribuían aleatoriamente por el local. Había gente. Pero el sitio era pequeño, y mi impaciencia grande, así que te encontré rápido.

Tu mirada estaba ahí, y sonreí al recordar que tus ojos nunca han sabido mentir, y puede notar cómo me hablaban desde la distancia, y pasado y presente se unen como estos tiempos verbales, y entonces descubro en ellos una sensación que creía olvidada, un sentimiento que precipita en tus pupilas y despierta el mío, aquel que guardé en un cajón antes de irme, aquel que alejé de mí, que ahuyentaba cada vez que volvía a mí con pretextos de felicidad si-mulada. Y vuelve, pero cubierto de nostalgia, casi parece haberse fundido en ella. Y te leo los ojos y me miras los labios, como si en ellos fueras a encontrar la respuesta a este tiempo vacío.

Bajo las escaleras con la chaqueta en la mano mirando hacia los lados, haciendo ver que busco algo que ya conozco, y me toco el pelo, nerviosa. Puedo notar el perfume de esta mañana, que aún dura, menos intenso que el negro de mi camisa. Llego al último peldaño, te miro y sonrío, y tú piensas que no te había visto antes.

Y es como si hiciera unas horas de aquel adiós, como si el tiempo hubiera congelado nuestras vidas, aun sabiendo que no es así.

Te acercas con tu mejor sonrisa y me pregunto si las cosas se olvidan, o si simplemente cambian de lugar en tu memoria. Te doy dos besos y ahí estás, tú, con tu nueva vida en tu mirada, 78

con 12 meses sin mí, nuevo, diferente, lo sé, lo noto, te conozco suficiente como para saber que has cambiado. Pero hay algo. Algo que sigue ahí. Algo que de momento no quiero descifrar.

Me dices que Londres me ha sentado bien, y yo te imagino en una Barcelona fría intentando huir del pasado, intentado crear algo que te haga evadir, en la cama de tu habitación con las chicas a las que llamabas cuando no podías dormir y tu dolor mordía más que nunca,

cuando los recuerdos pesaban como una losa, fumando en la ventana esperando esa persona que no te aportaba nada pero que al menos ahuyentaba tus pensamientos dolientes como puños durante unas horas.

Y te recuerdo en aquel jueves, en una *Ciutat Vella* más bella que nunca, sentados mirando aquel sol que nos calentaba el pecho, en aquel último adiós, y en aquella lágrima que se congeló en mis pupilas hasta que Londres la hizo desaparecer a través del viento que me abofeteaba las mejillas.

Coges tu copa y nos sentamos. No puedo evitarlo. Algo me presiona el pecho. Finjo toda mi naturalidad y te devuelvo las sonrisas, la necesidad nos aboca en una conversación banal, cosas del tiempo, que tal el viaje, echabas de menos el sol, te adaptaste rápido, cómo es la gente ahí, y la comida, has pensado en mí.

Pero eso último no lo dices.

Y el hielo de tu copa se deshace y la aguja del reloj nunca se detiene, siempre avanza, barriendo los segundos anteriores sin dejarte opción a detenerte y mirar a ambos lados del camino, y la música suena más fuerte y una luz se funde, como el hielo, como el tiempo, como nuestra espera que ya ha encontrado prólogo entre tantos puntos y aparte…

79

La chica del bar (III)

– ¿Cuánto tiempo? – Un año.

– Bueno… eso puede ser mucho tiempo o poco tiempo, según como se mire.

– ¿Qué quieres decir?

– Pues… ya sabes, todo depende del contexto y las circunstan-cias. De lo que haya vivido ella ahí. De lo que hayas vivido tú aquí.

– Lo sé… ya te entiendo. Me da miedo.

– ¿El qué?

– Eso, no saber lo que ha vivido ella, no saber si me ha echado de menos, no saber. Eso me da miedo.

– Pero a ver, ¿tú qué quieres? Quiero decir, ¿piensas en recuperar-la ahora que ha vuelto?

– No, no, en realidad no sé por qué acabo de decir esto. No quiero recuperar lo que teníamos. Simplemente averiguar cómo ha cambiado nuestra relación. Nada más. Saber que está bien.

Además, que está Lucía…

– ¿Quién es Lucía?

Pero en ese preciso instante la puerta se abrió, y una corrien-te de aire frío se coló en el local, enfriando a su vez la cara del muchacho que yo acababa de conocer, que intuyó lo que estaba sucediendo por mi expresión.

La joven de ojos marrones que acababa de entrar en el bar y que miraba a ambos lados del lugar, pareció haberse percatado 80

que el chico que hablaba conmigo era a quien buscaba, pero cambió de gesto con disimulo, y el joven se giró al instante hacia la puerta. Entonces pensé, lo curioso que puede llegar a ser mi trabajo.

¿Cómo puedes llegar a conectar con gente que jamás volverás a ver, o que acabas de ver por primera vez? Resulta extraño cómo puedes descifrar lo que una persona necesita a través de una mirada, o de su espera impaciente vistiendo sus gestos, o de sus palabras, la elección de la copa, alcohol para curar heridas, o aguar para calmar la sed. Tal vez se puede conocer a alguien sólo con estos pequeños detalles. O tal vez no. Pero yo estaba casi seguro, que detrás de la barra podía llegar a las personas, desentrañar alguna que otra característica, jugar a ser psicólogo de noche.

Y de vez en cuando, sólo de vez en cuando, conectar con alguien, y encontrar en una mirada la respuesta a preguntas jamás formuladas.

El chico se volvió hacia mí un instante, y fue entonces que encontré en la suya, en su mirada, un nerviosismo inquieto bañado con ese in-disimulable deseo de volver a un pasado irrecu-perable en el tiempo, pero no en el sentir. Un deseo puro que me estremeció.

Pero los ojos de la chica aún fueron más transparentes. Nunca unos ojos me habían hablado tan claro. En ellos había una nostalgia eterna.

Sí, puedo parecer presuntuoso, ¿qué coño sabré yo de sentimientos ajenos que ni me van ni me vienen? Pero cuando llevas tanto tiempo observando en silencio y escuchando gente que siente la necesidad de abrirse a un extraño, todo, palabras, sentimientos y gestos resultan fascinantemente predecibles, y se mani-fiestan poderosamente al descubierto. A mi descubierto.

81

Desgraciadamente para mi curiosidad que se entestaba en des-velar el final de la historia, me tuve que ir al almacén prácticamente toda la noche y dejar al otro barman en la barra. Justamente cuando salí, dos horas después de su encuentro, vi que los jóvenes se disponían a abandonar el local. Parecían ahora más relajados, más cercanos, más próximos. Quizás habían estado recordando viejos tiempos. O quizás habían hablado del futuro para alejarse de todo aquello que no pudo ser y que un día quemó. Quizás habían hablado de todo, o de nada, quién sabe.

Y me pregunto si las heridas cerradas pueden volver a abrirse con una conversación, con un “vuelvo a estar aquí, ¿tomamos algo?”, o si en lugar de eso, permanecen cerradas para siempre.

Quizás nunca se cerraron, y la esperanza las mantuvo ahí. Despiertas, vivas, esperando un grito del pasado, una esperanza cadu-cada que las volviera a golpear.

Pagan y con un "que vaya bien" el chico me guiña un ojo, mientras la chica se dispone a subir las escaleras. Le sonrío. Desa-parecen por la puerta que tantas historias había acogido aquel bar, y, curiosamente en ese momento la pregunta de quién era aquella Lucía que el chico no me había resuelto, permaneció cómo una incógnita en mi cabeza, hasta que a las dos de la mañana me dis-puse a cerrar.

Después de recoger las mesas, limpiar y hacer caja, cerré luces y lamparillas, y la oscuridad se llevó consigo esa pregunta que no tenía nada que ver conmigo, pero que, sin embargo, me había hecho recordar, y descubrí aquella noche que a veces sólo un nombre basta para remover algo ahí dentro. A veces pasas de espectador a protagonista sin cambiar de guion, ni de escenario.

Cuando llegué a casa, me metí en la cama en seguida, disipando en ella el frío que había invadido mi cuerpo en el recorrido hacia casa. El sueño llegó despacio, ligero, y mientras cerraba los 82

ojos me imaginé aquella pareja saliendo del bar. Vi a ese chico con una tal Lucía en la cabeza, mirando a la otra, haciéndole trampas al presente para evitar un pasado que se había instalado dispuesto a tambalear los cimientos de su nuevo mundo…

Creo que tendré que empezar a escribir novelas…

83

Sobre letras

Al mismo tiempo en que **A** conoce **B**, **C** se aprende las canciones que compone para ambos **D**. La noche se apodera de la ciudad y **E** entrega su corazón a **F**, para vivir una nueva vida en común. Pero nadie se imagina en ese mismo instante, el miedo que tiene **G** de encontrarse con **H**, que nunca le trató bien. **I** se da cuenta del tiempo perdido, y sus lágrimas caen una a una, deslizándose por la chaqueta que le regaló **J** con una sonrisa impecable.

En la habitación de **K** ya no queda espacio para el amor, y rompe los recuerdos que le tienen atrapada. Su pasado se queda en el olvido. La guitarra de **L** suena para **M**, que ya se ha olvidado de las noches de verano con **N**, quien ahora estudia el guion para su próximo estreno. **Ñ** sigue escribiendo a **O**, pero esta no lo sabe, porque vive en su mundo, en el que no deja entrar a nadie.

P busca desesperadamente las cartas que **Q** le mandó algún día, cuando todavía se querían, para comprobar si el amor que compartieron durante todos esos años se quedó atrapado en aquellos sobres. En el silencio de **R** se esconden las noches perdidas, los besos vacíos acompañados de un *whisky* barato y unas monedas en el cenicero. **S** escucha con una sonrisa las palabras dulces de **T**, quien le ha esperado toda una vida.

La luz de **U** se enciende de nuevo. Temeroso y triste, ya ha substituido su amor, como una vela que se cambia al consumirse.

El teléfono de **V** ya no suena, y su cabeza intenta por enésima vez olvidar los besos agridulces de **W**. Mientras, **X** se enamora un poco más de **Y**, quien se maldice por no haber sido capaz de contarle que es el amor de su vida.

84



Mientras todo esto ocurre, en algún lugar del planeta, **Z** habrá aprendido que el amor es como la guerra, que todo vale, pero que uno no siempre recibe, todo aquello que aporta.

85

Índice

